

## **Conversión, confianza y política**

**Israel Covarrubias González**

Norberto Bobbio y Maurizio Viroli, *Diálogo en torno a la república*, Barcelona, Tusquets, 2002.

*Diálogo en torno a la república* es un libro escrito a dos voces y no a cuatro manos, como solemos decir en estos casos, porque es fruto de diversas conversaciones entre sus autores, sostenidas en Turín, Italia, entre agosto y diciembre de 2000. Sin dejar de lado el rigor analítico del estudioso, claramente el libro se distingue del rigor del especialista, pero no por ello es menos fructífera su lectura. Conviene apuntar un veloz comentario general sobre el libro, que radica precisamente en el hecho de privilegiar y recuperar el estatuto del diálogo, la palabra viva, y que remite a los maestros del pensamiento político de todos los tiempos. Es un acierto que nadie cuestiona pero también un pecado. Los clásicos ayudan al teórico político pero no al hombre de decisiones. Si alguien en la actualidad suscribe una reflexión sobre la política debe tomar en cuenta el crepúsculo de los ídolos, que bien hizo notar en su tiempo Nietzsche, sin dejar de hacer crecer la misma con aquellas voces que lo han precedido.

Esta banalidad, tal vez exagerada, es importante porque una de las discusiones que recorren el libro radica en las posiciones que los dos autores toman frente a los diversos argumentos que desarrollan. Y entre las cuales cabe resaltar aquella de Bobbio, que jamás ha dejado de definirse como realista cuando habla de política. En cambio, Viroli, polemizando con su maestro, adopta las clásicas posiciones normativas del filósofo que la estudia. Por ejemplo, en la base del concepto de república de Maurizio Viroli, está concebirla como una forma de gobierno que se basa en la libertad política, y que tendrá como resultado "una comunidad de ciudadanos que viven bajo el gobierno de las leyes". Más aún, sólo puede existir si está basada sobre la virtud de tales ciudadanos que se empeñan cívicamente para frenar la voluntad arbitraria de un hombre o de un grupo. A lo cual Bobbio pregunta: "¿Qué es la virtud cívica?". Y agrega, "ningún Estado real se rige sobre la virtud de los ciudadanos, más bien es regulado por una constitución escrita o no escrita, que establece reglas para su conclusión, sobre todo por el presupuesto de que generalmente los ciudadanos no son virtuosos".

Por otra parte, el libro debe ser leído tomando como referencia las preocupaciones y los cambios recientes de la democracia. En función de ellos, se explica el origen del mismo. Entonces, el lector puede obviar los aspectos genealógicos del concepto de república y democracia, que tanto gustan a la tradición de pensamiento de la llamada escuela de Turín, aunque algunas voces afirmen que tal escuela no existe, y pasar revista por lo menos a dos argumentos de sumo interés que articulan la totalidad de los nueve capítulos de la obra. El primero, es lo que llamaría la caída del concepto de esperanza política. El segundo, es el problema de la insatisfacción con las instituciones democráticas o déficit democrático.

Para comenzar, existe un signo negativo con el declive de la esperanza política. Sobre todo porque era el elemento que por mucho tiempo indujo a la gente a pensar que el Estado y la política podían ayudar a la transformación de la sociedad. Incluso, la esperanza política es anterior a la formación de las democracias modernas. Nace bajo la concepción de una particular libertad como lo fue la religiosa. Sintéticamente, quería decir la posibilidad de convertirse o de ser convertido sin necesidad de pasar por los dominios el poder político y del Estado. Por tal motivo, fue un fenómeno que se dirigió a los otros y no al Estado, y por ello, la suposición de que el propio pasado podía ser puesto en entredicho al momento de tener la posibilidad de devenir otra persona. Así pues, el concepto de esperanza política nacía como efecto del fenómeno de la reforma religiosa del protestantismo. Además, el pluralismo precisamente nacía en el interior de este fenómeno religioso como parte del conjunto de relaciones privadas que no tenían como horizonte a una entidad por encima de los hombres sino al prójimo. De aquí, que la propia idea de lucha política -necesaria para la existencia del pluralismo moderno- pueda tener una mejor comprensión desde estas coordenadas, puesto que su fin es intentar convencer y convertir al otro al credo o bandera propios. Al mismo tiempo, permitía construir una de las organizaciones más consistentes para la vida moderna: el partido político (no es gratuito que el primer partido del cual se tenga conocimiento haya sido el New Model Army, es decir, un partido organizado bajo la disciplina militar, donde la conversión casi total es un elemento fundamental). Por lo tanto, la caída de la esperanza política en las democracias contemporáneas pudiera encontrar su cuerpo en el seno de la crisis de los partidos políticos, ya que, en última instancia, el partido devino un punto de conversión de la sociedad, una escuela de integración y un creador de socialización política. Simultáneamente, es una de las claves para entender la crisis de la democracia representativa. En el diálogo alrededor del

concepto de república de Bobbio y Viroli, encontraremos este tipo de preocupaciones sobre el partido político. Por tal, es recomendable su lectura.

En este sentido, los autores enfocan su atención sobre algunos de los males o defectos recientes de la república y la democracia. Por su importancia, pueden ser destacados el faccionalismo que permite ganar ventajas y privilegios políticos. Su expresión contemporánea es la construcción de partidos personales. El caso paradigmático para Bobbio y Viroli es el italiano con la fundación de Forza Italia y el ascenso de un líder como Berlusconi. La particularidad de este partido radica en que el líder crea a la organización y no viceversa, como sucedía con el partido tradicional. Una segunda derivación de la ausencia de esperanza política es la tendencia del poder a esconderse, aunque los autores nunca aclaran si es una tendencia natural o un artificio que crece en determinadas épocas. Con ello, estamos en los bordes de problemas como la corrupción, la falta de transparencia (que es distinto y tiene otras raíces que la corrupción), y la capacidad corrosiva del dinero para influir en la política. ¿Cómo resolver estas distorsiones? La respuesta depende del resultado de la elección entre un gobierno de leyes o un gobierno de hombres. Es decir, elegir entre un Estado de derecho y un Estado de justicia: o la norma general o la interpretación de los jueces.

Por otro lado, la consecuencia más evidente de lo antes dicho es que a un mismo tiempo existen más formas de legitimidad que las ofrecidas por el Estado, y la ausencia de esperanza puede explicarse porque el mundo político se ha renovado con nuevas necesidades y nuevos deseos. Los dos ejes están en el centro del problema del déficit democrático. Viroli ofrece un argumento despiadado y claro al respecto: si en la actualidad el poder es opaco, en parte se debe a que no hay interés ciudadano por observar y participar en los juegos políticos y por ende en contribuir a controlarlos. Es decir, no hay una conciencia generalizada del sentido de responsabilidad civil. En este orden de ideas, para los autores virtud civil y empeño civil son sinónimos. Además, según Bobbio, el Estado usa la fuerza y no la virtud cívica porque deberá resolver los conflictos gestados por los vicios de la república y sus ciudadanos. He aquí entonces, que para comprender la falta de participación civil, la apatía de "vivir con dignidad" (que es la idea más cercana para definir el concepto de patria) y el auge de la llamada antipolítica, y que en conjunto, componen la arquitectura de la insatisfacción por las instituciones democráticas, haya que tomar en consideración la caducidad de la legitimidad y los desafíos de la época en que vivimos. ¿Qué cosa puede decirse en modo coherente al respecto?

En primer lugar, que la democracia como valor institucionalizado no cubre las expectativas de los ciudadanos, y de ello deriva la necesidad de profundizar sus cualidades. Es decir, intentar construir el mayor de los capitales sociales. Algunas de sus expresiones son el fomento del asociacionismo -que llamaron la atención de Tocqueville en su viaje en América-, el voluntariado, la coparticipación en la toma de decisiones a nivel local. Por ejemplo, el caso más exitoso del cual tengo noticia es el municipio de Porto Alegre en Brasil, bajo formas emergentes de democracia participativa y paradójicamente no proviene del centro mismo de la democracia moderna como lo es Europa. Asimismo, la construcción de capital social se revelará como forma alternativa de legitimidad. Sin embargo, también podemos decir que las asociaciones criminales en determinados países han creado formas alternas de legitimidad.

En segundo lugar, si el sistema de expectativas es superior al resultado obtenido, es porque las necesidades y deseos de los ciudadanos crecen con mayor velocidad que las instancias que pudieran satisfacerlos. Y no debemos pensar únicamente en aquellas vinculadas al Estado. También es necesario incluir la caída de algunos modos organizacionales de la sociedad civil.

En la punta del conflicto entre expectativas y sistemas de provisión, está el problema de la erosión de la confianza. Para ser más preciso, la asimetría entre las velocidades de la participación ciudadana y sus necesidades, y las respuestas a ellas, corrompe la confianza. En este sentido, antes de pensar en reformas institucionales, como sugieren los autores, es importante discutir sobre la cuestión de la reputación. Es decir, ¿cómo se configura en el interior de una sociedad, en un determinado momento, una persona en la cual podemos depositar nuestra confianza?, ¿cómo se transforma en alguien capaz de ser respetable al punto de convertirse en nuestro confidente? Y en plena caída de la esperanza política, ¿cómo puede el Estado construir la confianza suficiente para que los ciudadanos se identifiquen con él? Es muy probable que parte de la insatisfacción democrática se deba a que aún el sistema democrático trae un déficit de reputación al nivel sistémico y biográfico (que son las dos caras de la confianza). Para no ir muy lejos, la salida a la luz de los escándalos como Enron, el financiamiento de partidos políticos en la última elección en México, el ataque a la televisión pública en Italia por parte del gobierno de Berlusconi, socavó peligrosamente la reputación que tenía la democracia. Al menos en estos tres países.